

EL SÉPTIMO CÍRCULO

EL MUERTO EN LA COLA

POR
JOSEPHINE TEY



El inspector Alan Grant investiga la identidad de un hombre asesinado en la cola de un teatro y la del asesino, al que nadie vio. Se había formado una larga cola para entrar en la sección de salas de pie del Teatro Woffington. Estaba acabando la última función de la semana de la comedia musical favorita de Londres de los últimos dos. De repente, la cola empezó a moverse, formando una cuña ante las puertas abiertas mientras los esperanzados asistentes al teatro se abrían paso a empujones. Pero un hombre, con la cabeza hundida en el pecho, se arrodilló lentamente y luego, aún más lentamente, se desplomó de bruces. Pensando que se había desmayado, un espectador se acercó a ayudarlo, pero retrocedió horrorizado ante lo que tenía delante: el hombre de la cola tenía un pequeño puñal de plata clavado en la espalda. El inspector Grant, con su ingenio y astucia habitual, se dispone a descubrir cómo se produjo un asesinato ante tantos testigos, ninguno de los cuales vio nada.

A Brisena,
que en realidad lo escribió

CAPÍTULO PRIMERO

ASESINATO

Serían entre las siete y las ocho de una tarde de marzo, y en todo Londres chirridos de goznes anunciaban la apertura de los teatros. El mundo del espectáculo cobraba vida con ruidos harto inapropiados como preludio de una noche de placer. Pero ni las trompetas del Juicio Final si hubieran resonado frente a las puertas del paraíso podrían haber sacudido de ese modo el letargo de los cansados admiradores de Tespis y Terpsícore, que aguardaban pacientemente el momento de entrar a la sala elegida. En algunos teatros, por supuesto, no había fila. Frente al *Irving*, cinco personas se habían dispersado por los dos escalones de entrada, sacrificando en calor lo que ganaban en comodidad; la tragedia griega no contaba con muchos adictos. En el *Playbox* no había nadie; el *Playbox* era muy aristocrático, allí no se conocía la palabra cola. En el *Arena*, que ofrecía una temporada de tres semanas de *ballet*, diez personas aspiraban a palcos y una larga fila a la platea. Pero en el *Woffington* los dos rosarios humanos se perdían aparentemente en el infinito. Hacía rato ya que un empleado de aspecto señorial había recorrido la fila de la platea para decir, con un ademán del brazo extendido, que pareció querer decapitar las esperanzas:

—De acá para atrás tendrán que quedarse parados.

Y así, habiendo separado las ovejas de las cabras con una simple contracción de su deltoide, el hombre se retiró olímpicamente en dirección al interior del teatro, donde ha-

llaría tibieza y protección detrás de las puertas de vidrio. Pero nadie se apartó de la larga fila. Los condenados a otras tres horas de plantón parecían indiferentes a su martirio. Reían y charlaban mientras trozos reconfortantes de chocolate envuelto en crujiente papel plateado pasaban de mano en mano. ¿De manera que había que estar de pie? ¡Bah! ¿Quién no lo soportaría de buen grado, la última semana de ¿No sabía?? Hacía casi dos años que estaba en cartel, una comedia musical típica de Londres, y aquellas eran las últimas funciones. Los palcos se habían vendido semanas atrás, y muchas señoras no habituadas a hacer cola habían ido a engrosar la multitud paciente que aguardaba frente a las puertas cerradas, después de fracasar en sus intentos de soborno y corrupción en la boletería. Al parecer, todos los habitantes de Londres pugnaban por entrar al *Woffington* para aplaudir la obra por última vez. Ver si Golly Gollan añadía un nuevo chiste a su repertorio; y un empresario audaz había sacado a Gollan de los caminos, le había brindado una oportunidad, y él había sabido aprovecharla. Deleitarse una vez más con la belleza y gracia de Ray Marcable, ese meteoro que dos años atrás había saltado del vacío al cenit, oscureciendo con su brillo a las estrellas conocidas, de fama arraigada. Ray bailaba como una hoja en el viento, y su amago de sonrisa había tenido la virtud de cambiar la modalidad de los anuncios de dentífricos en seis meses. «Su encanto indescriptible», lo llamaban los críticos, pero sus admiradores le daban muchos nombres extravagantes, y entre ellos empleaban movimientos ondulatorios de las manos y contorsiones faciales cuando las palabras resultaban inadecuadas para describir con propiedad los encantos de la estrella. Y ahora ella se iba a Norteamérica, como todo lo bueno; y, después de los dos últimos años, Londres sin Ray Marcable sería un desierto en el que mejor era no pensar. ¿Quién no se pasaría la vida de pie con tal de verla una vez más?

Lloviznaba desde las cinco, y de cuando en cuando una ráfaga helada levantaba las gotas de lluvia para, como de un escobazo, barrer juguetona la cola de punta a punta. Sin embargo, eso no desanimaba a nadie; ni siquiera al tiempo podía tomarse en serio esa noche; por el contrario, su dejo desagradable era un simple aperitivo que hacía más sabroso el bocado esperado. La gente movía los pies, impaciente, y los habituales mercachifles sacaban partido de cualquier cosa que pudiera servir de entretenimiento en oscuro desfiladero de la calle. Primero habían sido los vendedores de diarios, unos chicuelos de carita huesuda y mirar cansado, que recorrieron la cola como un fuego fatuo y después desaparecieron, dejando tras de sí un reguero de charla y un revoloteo de papel. Después un hombre de piernas más cortas que el cuerpo extendió un deshilachado retazo de alfombra sobre el pavimento húmedo y procedió a hacerse nudos y más nudos hasta semejar una araña tomada desprevenida; de vez en cuando se alcanzaba a ver el brillo lastimero de sus ojos de sapo, siempre desde puntos insólitos de la masa retorcida, y entonces hasta el espectador más indiferente sentía correrle un escalofrío por la espalda. Lo siguió un individuo que tocaba aires populares en un violín, candorosamente ajeno al hecho de que su cuerda mi era un bemol sostenido. A continuación llegaron simultáneamente un cantor de baladas sentimentales y una orquesta sincopada de tres miembros. Después de ladrarse mutuamente un rato, el solista trató de apresurar el fin atacando un ululante *Porque usted viene a mí*, pero el director de la orquesta, entregando la guitarra a un asistente, avanzó con cara de pocos amigos dispuesto a interpelar al tenor. Este, por su parte, simuló ignorar la actitud del otro, mirando por sobre su cabeza, cosa que le resultó bastante difícil ya que el músico era más alto y le bloqueaba el campo visual. Perseveró a lo largo de otras dos estrofas, mas después la balada tremoló insegura, hasta dar paso a una amarga reconvencción hecha en la voz natural del tenor, que dos minutos

más tarde se perdía en la oscuridad de la calleja mascullando amenazas y protestas, en tanto la orquesta atacaba una melodíaailable muy en boga. Por ser esto más del agrado del público que cualquier resurrección a destiempo de sentimientos marchitos, pronto habían olvidado a la infeliz víctima de la *force majeure*, y marcaban alegremente el compás con los pies. Después de la orquesta vinieron, uno tras de otro, un exorcista, un pastor evangélico, y un hombre que se hizo atar con una cuerda mediante nudos imponentes para en seguida desatarse en forma no menos impresionante.

Todos ellos presentaron su pequeño número y después se marcharon en busca de un nuevo auditorio, no sin antes recorrer por turno la fila introduciendo un sombrero tan ajado como inoportuno en los magros intersticios de la cola, acompañando el ademán con sentidos «¡Gracias! ¡Gracias!» destinados a estimular a los dadivosos. Separando los distintos números del programa hubo vendedores de golosinas, de fósforos, de juguetes, hasta de tarjetas postales. Y la gente se había desprendido gustosa de unas monedas, encontrando al entretenimiento acorde a sus necesidades.

De pronto un estremecimiento recorrió la fila: un estremecimiento que para los entendidos tenía un solo significado. Los banquitos volvieron a manos de sus dueños o retornaron, plegados, su lugar en los bolsos, la comida desapareció, salieron a relucir las billeteras. Las puertas estaban abiertas. La maravillosa, excitante partida había comenzado. ¿Ganarían, o habrían perdido cuando llegasen a la ventanilla? En la cabeza de la cola, donde el orden de dos en dos era menos matemático que atrás, entre los que no estaban bajo techo, la excitación de ver abrirse las puertas había vencido por un momento el habitual instinto del inglés que lo mueve a conservar su lugar en cualquier circunstancia —he dicho inglés a propósito; el escocés no tiene ese instinto—, y hubo un leve atropellamiento y el consiguiente reajuste antes de que la cola quedara inmóvil, una

cuña de gente jadeante frente a la boletería que estaba inmediatamente detrás de la entrada a la platea. El tintineo de las monedas sobre el bronce proclamó las continuas y apresuradas transacciones de los felices mortales que partían rumbo al paraíso.

Ese sonido bastó para que los que estaban atrás se adelantaran inconscientemente, hasta que los de adelante protestaron con toda la fuerza que les permitían sus pulmones aplastados, y un policía recorrió la fila diciendo en son de reproche: «Vamos, vamos, retrocedan un poco. Hay tiempo. No entrarán antes por más que empujen. Todo a su tiempo». De cuando en cuando la fila entera avanzaba unos centímetros a medida que los emancipados se apartaban de la boletería en grupitos, como cuentas de un collar roto. En determinado momento una mujer gorda interrumpió el avance mientras hurgaba en su bolso buscando más dinero. ¿No podría la tonta haber averiguado de antemano la cantidad exacta que necesitaba, en vez de demorarlos de ese modo tan poco considerado? Como sintiendo la hostilidad del ambiente, la mujer se volvió de improviso hacia el hombre que tenía detrás y le dijo, enojada:

—Vea, le agradeceré que deje de empujar; ¿es que ahora una no puede sacar la billetera sin que los demás pierdan sus buenos modales?

Pero el aludido no se dio por enterado. Tenía la cabeza hundida en el pecho. Solamente la copa de su sombrero de fieltro devolvió la mirada furibunda de la mujer, que entonces gruñó entre dientes y se acercó a la ventanilla, donde depositó el dinero que había estado buscando. Y simultáneamente, al hombre que estaba detrás se le doblaron las rodillas y comenzó a desplomarse lentamente, de suerte que los que le seguían estuvieron a punto de caer sobre él. Quedó arrodillado un momento, después siguió inclinándose hasta tocar el suelo con la cara.

—Se desmayó —dijo alguien. Pero al principio nadie abandonó su puesto. Ocuparse de lo suyo en una aglome-

ración es hoy por hoy un instinto de autoconservación tan necesario para el ser humano como cambiar de color para el camaleón. Tal vez el hombre estaba acompañado. Pero nadie acudió en su auxilio; y por fin, un hombre con más conciencia social, o tal vez más pagado de sí mismo que el resto, se adelantó en ayuda del caído. Iba a inclinarse sobre la cabeza doblada cuando se detuvo como si lo hubieran pinchado y en seguida retrocedió apresuradamente. Una mujer lanzó tres chillidos escalofriantes; y la multitud apretujada, palpitante, quedó reducida de pronto a la inmovilidad más absoluta.

La luz blancuzca del foco que pendía del techo iluminó hasta en sus menores detalles el cuerpo del hombre, aislado ahora por efecto del retroceso instintivo de los demás. Del paño gris de su abrigo sobresalía oblicuamente un pequeño objeto de plata que lanzaba guiños malévolos a la luz mortecina.

Era el mango de una daga.

Casi antes de que naciera el grito de: «¡Policía!», ya el agente había abandonado su tarea de pacificación en el otro extremo de la cola. Corrió hacia la entrada al oír el primer alarido de la mujer; nadie grita así a menos que esté en presencia de una muerte violenta. Después de contemplar un minuto la escena, el policía se inclinó sobre el hombre, le volvió suavemente la cabeza de modo que la luz le diera en el rostro, lo soltó y dijo al boletero:

—Llame a la policía y pida una ambulancia —después, paseando una mirada ligeramente sorprendida por la fila, agregó—: ¿Alguno de ustedes conoce a este hombre?

Pero nadie dijo conocer a aquella cosa inanimada que yacía en el suelo.

Detrás del hombre había estado una pareja burguesa de próspero aspecto. La mujer no hacía más que gemir en tono inexpressivo:

—¡Oh, vámonos a casa, Jimmy! ¡Vámonos a casa!

Del otro lado de la boletería estaba aún la mujer gorda, detenida en seco por aquel horror súbito, aferrando la entrada con sus manos enguantadas, pero sin hacer el menor esfuerzo por conseguir un asiento ahora que tenía el camino expedito. La noticia corrió fila abajo como el fuego en un pajar: «¡Han asesinado a un hombre!», y la hasta entonces compacta muchedumbre congregada en el vestíbulo del teatro se deshizo de pronto en la confusión más completa al tratar, unos de alejarse de aquello que les había estropeado la noche, otros de adelantarse para ver, en tanto que algunos, indignados, pugnaban por retener el lugar que venían ocupando desde hacía tantas horas.

—¡Ay, vámonos a casa, Jimmy! ¡Vámonos a casa!

Entonces Jimmy habló por primera vez.

—No creo que podamos hasta que la policía decida si nos necesita o no.

Al oírlo, el agente dijo:

—En eso tiene mucha razón. No pueden irse. Ustedes, los seis primeros, quédense donde están... Y usted también, señora —añadió, dirigiéndose a la mujer gorda—. Los demás, sigan adentro —y unió a sus palabras el mismo ademán que habría empleado para hacer circular el tránsito en torno a un automóvil descompuesto.

La mujer de Jimmy estalló en sollozos histéricos, y la mujer gorda protestó. Había ido a presenciar el espectáculo y no tenía nada que ver con aquel hombre. Las cuatro personas que estaban detrás de la pareja de burgueses evidenciaron idéntico disgusto ante la perspectiva de verse mezclados en algo sobre lo que no sabían nada, con resultados que nadie podía prever. También ellos dieron reiteradas muestras de ignorancia.

—Puede ser —sentenció el policía—, pero todo eso tendrán que explicarlo en la comisaría. No hay por qué asustarse —añadió por último, para tranquilidad de los presentes, y prácticamente sin convencer a nadie, dadas las circunstancias.

La cola siguió avanzando. De alguna parte el portero trajo una cortina verde con la que cubrieron el cadáver. El tintineo automático de las monedas recommenzó y siguió, no menos indiferente que la lluvia. El portero, arrancado de su habitual abstracción jupiteriana por la situación que atravesaban los detenidos, o tal vez por la esperanza de una buena propina, se ofreció cortésmente a reservar asientos para los siete. Al rato llegó la ambulancia, y una delegación policial de la comisaría de Gowbridge.

El inspector que la integraba interrogó brevemente a cada uno de los siete detenidos, tomó notas de sus nombres y domicilios, y los despidió no sin antes advertirles que deberían estar listos a presentarse no bien los llamaran a declarar. Jimmy partió con su compungida esposa en busca de un automóvil de alquiler, y los otros cinco marcharon tardíamente rumbo a sus asientos, sobre los cuales velaba el portero, en momentos en que se levantaba el telón para anunciar el comienzo de la función vespertina de *¿No lo sabía?*

CAPÍTULO II

EL INSPECTOR GRANT

Con un índice manicurado con esmero, el superintendente Barker oprimió el botón de marfil que había en la parte baja de su escritorio, y allí lo dejó hasta que apareció un ordenanza.

—Dígale al inspector Grant que quiero verlo —ordenó al subalterno, que hacía todo lo posible por mostrarse servicial en presencia del grande hombre, pero veía invalidado su empeño por una obesidad incipiente que lo obligaba a echarse un poco hacia atrás para conservar el equilibrio, y por el ángulo de su nariz, que era la apoteosis del atrevimiento. Amargamente consciente de su fracaso, el esbirro se retiró con el objeto de transmitir el mensaje y enterrar el recuerdo de su derrota entre la indiferente perfección de carpetas y papel de oficio de la que lo habían arrancado, y al poco rato el inspector Grant penetraba en el despacho y saludaba a su jefe con jovialidad, como si entre ellos no mediara ninguna escala jerárquica. Inconscientemente, el semblante del superior se iluminó al verlo.

Si alguna cualidad tenía Grant, aparte de las usuales de dedicación al deber y una buena dosis de valor e inteligencia, era la de parecer cualquier cosa menos oficial de policía. De estatura y corpulencia medianas, era..., en fin, si dijera elegante uno pensaría al punto en algo así como un maniquí de sastrería, algo perfecto, pero carente de personalidad, y nada podría ser más falso en el caso de Grant. Pero si el lector acierta a visualizar una elegancia que no

corresponde enteramente al tipo de un maniquí de sastre-ría, entonces lo tiene a Grant de cuerpo entero. Por espacio de largos años Barker había tratado en vano de emular la distinción innata de su subalterno, con el único resultado de parecer demasiado cuidadoso en el vestir. Le faltaba «olfato» para los sastres, como para la mayoría de las cosas. Era un minucioso. Pero eso era lo peor que se podía decir de él. Y cuando alguien era objeto de su minuciosidad, generalmente ese alguien terminaba por desear no haber nacido.

Ahora Barker contempló al inspector con una admiración exenta de resentimiento, apreciando su aspecto fresco y descansado —a él, la ciática lo había hecho pasar la mayor parte de la noche despierto—, y después fue derecho al grano.

—Los de Gowbridge están que arden —dijo—. En realidad, llegaron a insinuar que se trata de una conspiración.

—Ah, ¿sí? ¿Alguien les está tomando el pelo?

—No, pero el de anoche es el quinto asunto gordo en su distrito durante los tres últimos días, y están hartos. Quieren que nos encarguemos de este último caso.

—¿Cuál? ¿El de la cola del teatro?

—El mismo, y usted se pondrá al frente de las investigaciones; así que, manos a la obra. Puede ocupar a Williams. Quiero que Barber vaya a Berkshire por ese robo de Newbury. Como nos dieron intervención a nosotros, los muchachos de allá necesitarán una jabonada suave, y en eso Barber aventaja a Williams. Creo que es todo. Será mejor que vaya a Gow Street en seguida. Buena suerte.

Media hora más tarde Grant interrogaba al forense de la zona de Gowbridge.

Sí, dijo el médico, el hombre estaba muerto cuando llegó al hospital. El arma era un estilete pequeño, de hoja muy afilada. Se lo habían clavado en la espalda, un poco a la izquierda de la columna vertebral, con tal violencia que el mango oprimió las ropas, formando una especie de al-

mohadilla que impidió el libre flujo de la sangre. La poca que salió se había escurrido alrededor de la herida, sin llegar para nada a la superficie. A juicio del forense, pasó un tiempo considerable —tal vez diez minutos o más— antes de que el hombre se desplomara al avanzar las personas que lo precedían. El apretujamiento lo mantuvo de pie e incluso hizo que se adelantara junto con los demás. En verdad, aun queriéndolo, habría sido totalmente imposible caer al suelo en una aglomeración semejante. Lo más probable era que el hombre ni siquiera se hubiese dado cuenta de que lo atacaban. En tales ocasiones sobrevienen tantos empujones, codazos y pisotones involuntarios, que nadie advertiría un golpe súbito, no demasiado doloroso.

—¿Y qué me dice de la persona que lo mató? ¿Algo particular sobre la forma en que asestaron la puñalada?

—No, excepto que el hombre era fuerte y zurdo.

—¿Podría haber sido una mujer?

—No, una mujer no habría tenido la fuerza necesaria para hundir la hoja en esa forma. Recuerde que no había lugar para echar el brazo atrás y tomar impulso. Había que asestar el golpe partiendo de una posición de reposo. No, no. Fue un trabajo de hombre. Y de un hombre decidido, por añadidura.

—¿Puede decirme algo sobre el muerto? —preguntó Grant, a quien siempre le agradaba oír la opinión de un hombre de ciencia, cualquiera fuese el tema.

—No mucho. Estaba bien alimentado..., en buena posición, diría.

—¿Inteligente?

—Sí, mucho, me parece.

—¿De qué tipo?

—¿A qué tipo de ocupación se dedicaba, quiere decir?

—No, eso lo puedo deducir yo solo. Qué tipo de... temperamento, supongo que lo llamaría usted.

—Ah, ya veo —el médico guardó silencio un momento, para luego lanzar una mirada de duda a su interlocutor—.

En fin, nadie podría asegurar una cosa así con certeza absoluta..., ¿me comprende? —Y una vez que Grant hubo admitido la limitación, prosiguió—, pero yo lo encuadraría dentro del tipo «caso perdido» —miró al inspector, alzando las cejas inquisitivamente y, seguro ya de ser comprendido, añadió—: Los rasgos faciales indican cualidades prácticas, pero sus manos son las de un soñador. Ya lo verá usted.

Juntos reconocieron el cadáver. Perteneecía a un joven que tendría entre veintinueve y treinta años, de pelo claro, ojos color de avellana, delgado y de estatura mediana.

Las manos eran, como había señalado el médico, largas y finas, no habituadas al trabajo manual.

—Probablemente pasaba mucho tiempo de pie —dijo el médico, echando un vistazo a los pies del cadáver—. Y caminaba con el dedo gordo izquierdo apuntando hacia adentro.

—¿Cree que el atacante tenía nociones de anatomía? —inquirió Grant. Era casi increíble que por un orificio tan pequeño hubiera escapado la vida de un hombre.

—La herida no se hizo con la precisión de un cirujano, si a eso se refiere. En cuanto a nociones de anatomía, no creo que haya alguien en edad suficiente para haber hecho la guerra que no tenga ciertos conocimientos prácticos de anatomía. Claro que también puede haber sido un simple golpe con suerte, y más bien me inclino a creer que lo fue.

Grant dio las gracias y fue a ver a la gente de Gow Street. Sobre una mesa yacía el magro contenido de los bolsillos del muerto. Grant no pudo resistir una sensación de desaliento al ver qué poco había, Un puñado de algodón blanco, una pequeña pila de monedas (dos medias corona, dos monedas de seis peniques, un chelín, cuatro peniques y medio penique) y, ¡cosa inesperada!, un revólver de reglamento. El pañuelo estaba muy usado, pero no tenía marcas de lavadero ni iniciales. La carga del revólver estaba intacta.

Fastidiado, Grant examinó los objetos en silencio.